

de los metales. Los poetas llaman dorados á los rayos del sol, porque el color de aquel metal tira al de este astro. El oro brilla en cierto modo como el sol. Si consideramos sus propiedades, es incorruptible como el sol, porque ni el fuego con su violencia puede causarle detrimento. Nunca contrae orin, ni moho, ni otra señal de vejez, y es el único metal que no mancha la mano del que le maneja. En su mismo uso es el amigo de la naturaleza y de la vida del hombre como el sol su padre, el cual parece ha querido que el oro fuese en el centro de la tierra lo que es él en medio del cielo.

II. Entre todas las causas que se extienden á varios efectos, no hay ninguna mas universal que Dios. Con todo eso la sagrada escritura, la razon y la experiencia atestan que á mas de la providencia general sobre todas las obras de sus manos sin exceptuar ninguna tiene otra especial, que termina particularmente en el bien de su criatura racional, y aun lo que es mas, otra especialísima que se endereza al gobierno de aquellos que en cierto modo se echan en sus brazos. Rebeca (por no desviarme del asunto de las madres) era una mujer santa y de las mas virtuosas del antiguo testamento; sin embargo es indudable que amaba incomparablemente mas á su segundo hijo Jacob que al primogénito Esaú. Acuérdomme de lo que refiere un historiador griego: que estando apurados los lacedemonios por no saber cuál era el primogénito de dos hijos que su reina Egina habia dado á luz de un parto, les aconsejó Panites de Mesenia que repararan á quién mostraba la madre mas inclinacion. Así lo hicieron, y descubrieron que la madre levantaba, vestia y daba siempre de mamar á Euristenes antes que á Procles; por lo cual se resolvieron á nombrarle sucesor y heredero legitimo de la corona de Aristodemo.

III. Esta consideracion me lleva á la verdad funda-

mental de este tratado; á saber, que aunque la Virgen sea en realidad la madre de todos los hijos del Salvador, eso no quita para que á algunos los quiera con particular afecto, los favorezca con sus gracias mas que á los otros é interceda especialmente con Dios en su favor. Los testimonios que presentaré en varios discursos, servirán para confirmar esta verdad. Por ahora baste decir que semejante preferencia está exenta de vituperio, porque nuestra señora hace el uso que quiere de lo suyo, dando á unos mas parte en su valimiento que á otros; y ¿quién puede llevarlo á mal? Ella imita al mismo Dios, el cual se complace en sacar al pobre del polvo para ponerle en el trono de la gloria, según dice en su cántico; y nadie tiene motivo de darse por sentido. Ella manifiesta mas amor á quien mas la ama, y dispensa mas beneficios á quien la sirve con mas sinceridad; y no hay motivo de quejarse. Ella sigue los impulsos y afectos de su hijo y obsequia mas á aquellos que sabe le agradan mas; y habremos de mirar de mal ojo sus favores y á sus favorecidos, porque tiene el corazon tan bondadoso? ¡Oh qué dulce es la palabra privado! ¡Oh qué felices son los que gozan de este titulo! ¡Oh cuántas grandezas se preparan para ellos! ¡Con qué ojos tan benignos y apacibles los mira nuestra señora! Si lo conocieran los que corren desalados tras la fortuna del mundo; si la Virgen les abriera los ojos y les enviara un rayo de su luz; si derramara en el corazon de ellos una sola gota de la dulcedumbre con que inunda las almas de sus hijos; ¡cómo se apresurarian á dejarlo todo para correr en pos de ese único favor, que bastaria á colmarlos de eterna felicidad! Virgen santísima, á ti te toca mover los corazones y guiar mi entendimiento, y mi pluma para mostrar la dichosa suerte de los que te aman y son amados de ti particularmente, y el indecible provecho que sacan de lo poco que te sirven.

PRIMERA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO II.

QUE ELLA ES EL PRINCIPIO DE LA ETERNA BIENAVENTURANZA DE LOS SUYOS.

La verdad fundamental del estado espiritual es que solo una dicha merece propiamente este nombre y es digna de llenar nuestro corazon; á saber, la felicidad eterna, la cual consiste en el dichoso cumplimiento de nuestra predestinacion. Todo el que nos contrarie en la prosecucion de esta felicidad, debe de ser tenido por nuestro enemigo capital, aunque nos haga mucho bien: todo el que por deseo de nuestra medra nos ayude á adquirirla, puede llamarse nuestro íntimo amigo; y quien mas contribuya, merece el mejor lugar en nuestro cariño y agradecimiento. Digo esto, porque mi plan me conduce á averiguar en su origen las particulares obligaciones que tenemos á la madre de Dios, y á mostrarla en este discurso como *el principio de la felicidad eterna de los suyos*, es decir, de aquellos á quienes tiene una inclinacion especial de bondad. No quiero decir por eso que ella sea el primer principio, porque seria ofender en extremo la infinita bondad de Dios y los méritos del Salvador; mas trato de hacer ver que despues de ellos los hijos escogidos de la Virgen pueden decir que si alguna vez gozan del sumo bien, le serán deudores de él.

§. I.—Doctrina fundamental de este capitulo tocante á la predestinacion de los escogidos.

I. Mas porque el asunto de la predestinacion es uno de los mas resbaladizos y peligrosos de la teologia, pienso caminar con la antorcha en la mano para ver dónde sentamos el pie.

II. Primeramente presupongo con santo Tomás (1), guia segura de las escuelas, que la predestinacion es una parte de la divina providencia, la cual no es otra cosa que un decreto invariable de Dios, que guiado por su infinita sabiduria encamina cada cosa á su fin con medios convenientes. Esto hace que habiendo sido elevada por Dios á un fin sobrenatural la criatura racional, corresponde á su autor facilitarle todo lo necesario para que le consiga; de suerte que nadie pueda quejarse de no haber sido provisto de los medios suficientes. Asi es que podemos decir con toda verdad que Dios lo ha cumplido de una manera tan aventajada, que nadie se pierde mas que por su culpa, porque como dice S. Juan, él es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y está en la mano del que se aparta de su obediencia, el ser contado en el número de sus hijos. Los auxilios generales son para todos: todos participan de las gracias y de la sangre del Redentor, que fué derramada por todos: los sacramentos, que son los canales por donde recibimos aquellos, son para todos sin excepcion. Eso no quita para que en esta generalidad de criaturas racionales, provistas todas abundantísimamente de medios adecuados á su fin, Dios que no está obligado á nadie y puede hacer de sus bienes

(1) Part. 1, q. 23, art. 1.

lo que le parezca, tenga un cuidado particular de algunos dirigiéndolos por caminos seguros é infalibles á la adquisicion indefectible de aquel fin, que es lo que propiamente llamamos predestinacion.

III. En segundo lugar presupongo que la felicidad eterna de los escogidos encierra en su plenitud cuatro beneficios principales de Dios, que son la predestinacion, la vocacion, la justificacion y la glorificacion. S. Pablo los especifica en el capítulo VIII de la epístola á los romanos bajo los mismos nombres y en el mismo orden diciendo: «A los que predestinó, los llamó, y á los que llamó, los justificó, y á los que justificó, los glorificó.» En cuanto á la predestinacion enseña santo Tomás (1) que comprende en sí tres actos, presupuesto además el conocimiento que Dios tiene de sus criaturas y de lo que les acontecerá segun las diversas ocasiones en que puedan encontrarse. El primero es el amor que tiene á unos mayor que á otros; en lo cual no hay ningun motivo para vituperarle, atendiendo á su infinita sabiduría y á que no debe á nadie su particular cariño. El mismo S. Pablo lo dice claramente y afirma que Dios fué movido á amarnos por su extremada caridad. De este amor, que no puede ser estéril en Dios, nace como de una fuente viva la eleccion que hace de algunos con preferencia á los otros, hallando en ellos á consecuencia del mismo amor con que los ha distinguido, un motivo suficiente de preferirlos: esta preferencia es la que llamamos eleccion. A esos dos actos se sigue el decreto inmutable de guiarlos á su fin por medios seguros é infalibles, que desde entonces les va preparando; y á este decreto le llamamos predestinacion, hablando con propiedad, aunque tomada con latitud esa palabra incluye los tres actos in-

(1) Part. 1, q. 23, art. 4.

dicados ó por lo menos presupone los dos primeros. La predestinacion es el origen y nacimiento de todos los bienes comprendidos en la felicidad eterna de los escogidos y como la rueda principal que mueve todos los muelles de su salvacion.

IV. A este primer beneficio se sigue inmediatamente otro que llamamos vocacion, ya se entiendan por esta palabra las gracias excitantes con que Dios previene eficazmente el corazon de sus escogidos inclinándolos al bien con atractivos amorosamente indefectibles, ya se tome por cierta suerte y condicion de vida á que los llama, dirigiendo á cada uno en particular hácia aquella que juzga ser la mas conveniente para llegar á su fin en atencion á las inclinaciones naturales que tiene, á las gracias que le ha preparado, y á las otras circunstancias que ha previsto ocurrirán y ha resuelto dirigir en su resultado. Siendo infalible esta vocacion tanto por parte de Dios como de la criatura, siempre termina en la justificacion, á la que tiende derechamente, es decir, ó á la primera gracia si el alma carece de ella, ó al aumento de la misma gracia si aquella la posee ya, todo para cumplir lo que dice el apóstol S. Pedro (1), esto es, para asegurar la eleccion por las buenas obras que son como su sello, y producir frutos dignos de la vida eterna, que no serian nunca aceptados por Dios para este efecto, si no se hicieran en estado de gracia. Finalmente habiendo llegado á su madurez por la perseverancia final la gracia y la justicia, que son como la semilla de la gloria, no resta ya sino que se cojan á la hora de la muerte (que podemos llamar justamente el tiempo de la siega) para ser aposentadas en el cielo, que es el hito y el blanco á donde se dirige toda la economia de la salvacion de los predesti-

(1) II Petr., I.

nados, y como la última cláusula de su felicidad, que S. Pablo llama glorificación. Ve ahí los rastros admirables de la providencia de Dios: ve ahí los adorables móviles de su amorosa conducta: ve ahí el motivo de las exclamaciones extáticas del Apóstol cuando dice: «¡Oh alteza de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son sus juicios, y cuán fuera del alcance de nuestros cortos entendimientos están sus caminos! Ve ahí el objeto de las sabrosas pláticas de las buenas almas y del terror de las malas.

V. En tercer lugar presupongo que el salvador del mundo no solo es el primer predestinado, sino el principio de la predestinación de los escogidos. Le llamo principio, en cuanto es como la idea y la causa ejemplar sobre que vació Dios á todos los predestinados, que hizo conformes á su amado hijo, segun dice S. Pablo. Además le llamo principio, en cuanto es la causa meritória de la salvación de los escogidos, ninguno de los cuales entrará en el cielo sino por el precio de la sangre que Jesucristo derramó. En tercer lugar le llamo principio, en cuanto se debe á sus méritos infinitos la elección que Dios ha hecho de los unos con preferencia á los otros: quiero decir que no solo atendió Dios á los méritos de su hijo encarnado cuando confirió la gracia justificante á sus amigos, sino que en punto á su elección fué movido por los méritos de su hijo á usar de preferencia para con algunos, quienes con este motivo son deudores al Salvador de su vocación, su justificación, su glorificación y su elección. Así lo dice S. Pablo, que hablando del Verbo encarnado (1), por cuya sangre fuimos redimidos, afirma que Dios nos eligió en él antes que fuese hecho el mundo, y nos bendijo en él con toda especie de bendiciones; lo

(1) Ad ephes., 1.

cual no sería cierto, si la principal de todas, que es la elección, pudiera subsistir sin depender de sus méritos. Abonado por insignes teólogos digo más, y es que Dios no solo hizo elección de todos los escogidos en consideración de los futuros méritos de su hijo y se los concedió á todos como el precio de su muerte y pasión, sino además atendió á la voluntad de su mismo hijo, la cual debía de ser muy ventajosa á algunos, y tenía un deseo más formal de que les fuese aplicado el fruto de sus oraciones, de sus méritos y de sus satisfacciones, y que desde luego condescendió con esta equitativa inclinación, y le otorgó nombre por nombre todos aquellos que debían de poseer un día el honor de esta especial benevolencia. Porque ¿qué dificultad puede haber en dar esta ventaja al impulso amoroso del divino corazón de Jesús y á sus méritos infinitos, que la iglesia, como es justo, encarece cuanto puede y que el Padre quiere recompensar por todos los medios posibles? ¿Quién se atreverá siquiera á pensar que este beneficio exceda el precio de la copiosísima redención que el Verbo presentó á su padre? Si el Salvador debía de ofrecer todos sus trabajos más particularmente por los escogidos; ¿por qué no también por algunos de ellos, á quienes amó más íntimamente? Y si estos méritos, que aun no eran su ser, sino solamente estaban en el conocimiento del Padre eterno, eran suficientes para moverle á elegir á aquellos á quienes habían de aplicarse eficazmente; ¿por qué no la voluntad particular del hijo, que debía de inclinarse á unos más bien que á otros y deseárlas una aplicación especial de los méritos que estaban á su disposición? ¿No hizo Jesucristo honorífica mención de ellos en el incomparable discurso que pronunció delante de sus apóstoles en la noche de la pasión, cuando los recomendó tan eficazmente á su Padre para que los guardase, los santificase é hiciese fueran una cosa como el Padre y el Hijo? ¿No habla de ellos

cuando dice por boca de S. Pablo: «Héme aquí yo y mis hijos que Dios me dió (1)? Así no se dispute ya este privilegio á aquel por quien, en quien y para quien quiso Dios restaurar todas las cosas así en la tierra como en el cielo, y denle gracias por ello y bendiganle todos; pero especialmente los que han recibido el beneficio de esta inefable felicidad.

§. II.—Que la madre de Dios es el principio de la predestinacion y de la felicidad eterna de todos los escogidos.

I. S. Buenaventura (2) despues de S. Ambrosio (3) y S. Pedro Crisólogo (4), explicando aquellas palabras del salmo CXXVI: *Hé aquí la heredad del Señor son los hijos, el galardón el fruto del vientre*; observa que siendo el redentor de nuestras almas el fruto del vientre de la bienaventurada Virgen y todos los escogidos los frutos y los hijos de ese hijo único, lo son por lo mismo del sagrado vientre de María, donde todos fueron concebidos. El mismo lenguaje usan todos los santos padres y le confirman con poderosas razones.

II. En primer lugar dicen que en los capítulos XX y XXI del Apocalipsis es llamada misticamente la Virgen el libro de vida, el libro del cordero. S. Epifanio la llama el libro incomprensible (5), que mostró é hizo leer al mundo el Verbo del Padre eterno. S. Juan Damasceno afirma que es el libro nuevo, preparado por el criador de todas las cosas para escribir el Verbo, que procede eternamente de él y está siempre en su seno; o cual hace por la operacion del Espiritu Santo como con una pluma animada (6). Este libro fué dado á un

(1) Ad hebr., II.

(2) Specul. B. Virg., c. 15.

(3) Lib. 4 in Lucam.

(4) Sermo 240.

(5) Serm. de S. Maria Deip.

(6) Orat. 4 de nativ. Virg.

hombre muy sabio y entendido (S. José), sin que le abriese jamás. El devoto arzobispo de Candia habla de esta suerte á nuestra señora (1): «Tú eres el libro vivo del Verbo divino, que sin ruido fué escrito en ti con la pluma del Espiritu Santo;» lo cual no es menos conforme á la razon que al modo de hablar de los griegos, quienes llaman papel virgen y madre del corderillo á la membrana en que se forma la criatura. Digo conforme á la razon, porque supuesto que el nombre propio del Hijo es el Verbo y la palabra del Padre, ¿por qué la matriz donde fué recibido y concebido, no se llamará el libro del Verbo, pues el libro no es otra cosa que el instrumento en que recibimos y retenemos la palabra, para que no se la lleve el aire? Y si el Apóstol tuvo razon para decir de la obra de la Encarnacion que el Padre nos habló en el Hijo (2), porque por esta obra nos manifestó su Verbo y el pensamiento que tenia escondido dentro de si, incorporándole á la carne, como nosotros manifestamos exteriormente nuestro pensamiento interior mezclándole é incorporándole con una voz perceptible, y como dice S. Juan Crisóstomo, haciendo oír por el sonido, ver por la escritura y manejar en el papel la palabra interior, que dentro de nosotros era enteramente imperceptible; ¿por qué no la llamaremos tambien la escritura de Dios, pues vemos que así como el pensamiento y la palabra interior se manifiestan por la voz formada y articulada en el aire, así ella es percibida por la escritura cuando poniéndola y como incorporándola en la tinta ó en cualquier color la extendemos sobre el papel? ¿Y por qué tendremos reparo de dar el nombre de libro al instrumento en que es recibida esta palabra de un modo visible y manifiesto? Y pues esta palabra es la palabra de vida, ¿qué podrá impedir que llamemos libro de vida al mismo libro?

(1) Orat. 2 de dormit. B. Virg. (2) Ad hebr., I.

III. Santo Tomás (1) y todos los teólogos posteriores y aun anteriores á él ponen en Dios un libro de vida, en el que estan escritos por menor los nombres de todos los escogidos con caracteres indelebles; es decir, primeramente el Salvador como cabeza de todos y despues de él por órden de mérito todos los que deben de participar de la gloria que nos adquirió por su pasion. Dicen ademas que este libro no es otro que el entendimiento divino, en el cual conoce y lee como en un libro todos aquellos á quienes debe dar la vida eterna, única que merece el nombre de vida. Es propiedad del conocimiento escribir, juntar y figurar en el entendimiento lo que le representa; de donde proviene que así como cuando queremos acordarnos de una cosa, leemos en nuestro entendimiento como en un libro lo que hemos escrito, así Dios no necesita mas que fijar los ojos en su entendimiento divino para leer el nombre de sus escogidos como en un libro sellado, en cuyo lomo estan escritas estas palabras en letras abultadas, segun dice S. Pablo (2): *El Señor conoce á los que son de él.* Por este medio el conocimiento de vida que Dios tiene de los suyos, es una escritura de vida, y porque no es otro que el conocimiento sustancial, racional y personal de Dios, como hablan los teólogos, se sigue que es al mismo tiempo la produccion del Verbo eterno, en quien y por quien el Padre conoce con un solo acto todas las cosas, y por consiguiente que el Padre concibiendo eternamente á su Verbo conoce, concibe y marca por el mismo medio á todos los predestinados en su divino entendimiento.

IV. Ved ahora si tengo motivo para decir con los santos padres que la Virgen es el libro de vida por una comunicacion de titulo; pues ¿concibe dentro de sí al mis-

(1) Part. 1, q. 24.

(2) II ad Timoth., II.

mo Verbo, en quien estan contenidos todos los predestinados y en quien tienen la verdadera vida. Con efecto así como el Padre le da el ser y la vida divina, de la misma manera la madre le da el ser y la vida humana: la madre por su palabra accidental; el Padre le concibe y engendra por su palabra sustancial. El Padre le concibe invisible é intelectual en su divino entendimiento, y la madre visible y corporal en sus sagradas entrañas. El entendimiento del Padre, porque concibe de tal suerte al Verbo que engendra un hijo, es asemejado al vientre de la madre en las sagradas escrituras; y el vientre de la madre, porque concibe un hijo que es el Verbo de Dios, es asemejado al entendimiento del Padre. Paso mas adelante y digo que así como el Padre concibiendo eternamente á su Verbo concibe con él y por él á todos los escogidos, así la Virgen concibiendo temporalmente al mismo Verbo concibe por el mismo medio á todos los predestinados. Como el Padre por esa concepcion eterna les da originariamente la vida, del mismo modo la Virgen por esta concepcion temporal les da secundariamente la vida. Así como por esa misma concepcion divina estan abeterno en el entendimiento del Padre, así por la concepcion humana son puestos temporalmente en las entrañas de la Virgen. Así como en el entendimiento del Padre el Verbo increado é intelectual es la escritura, la idea y la causa visible de la predestinacion, de la misma manera en las entrañas de la Virgen el Verbo encarnado y corporal es la escritura, la idea y la causa visible de la predestinacion. Nadie puede ser de los predestinados, si no está con el Verbo increado en el entendimiento del Padre, que es el primer libro de vida: nadie puede ser de los predestinados, si no está con el Verbo encarnado en las entrañas de la Virgen, que es el segundo libro de vida. Así concluyo que uno y otro, es decir, el entendimiento del Padre y el se-

no de la Virgen, son libro de vida: aquel es simple y absolutamente libro de vida, y este con asociacion libro del cordero por la carne que tomó de ella el Salvador. Del uno y del otro se dice en el lugar citado del Apocalipsis que nadie entrará en la Jerusalem celestial mas que los que estan escritos en el libro de la vida y en el libro del cordero. El profeta Ezequiel en el capítulo XIII amenaza á los malos con que no serán escritos, ni registrados en el libro de la casa de Israel; lo cual es la última desgracia del mundo.

V. En segundo lugar tomando otro giro digo que el Verbo encarnado es la salud, la felicidad y el principio de la predestinacion de los escogidos. Dios no nos da su Verbo encarnado sino por la Virgen; luego no da la salvacion y la predestinacion sino por la misma Virgen. Además cuando la sagrada humanidad fecundó personalmente al Verbo divino, al mismo tiempo y por el mismo misterio fueron unidos y reunidos á Dios los predestinados por el mismo Verbo. Luego así como la union de la sagrada humanidad con el Verbo no se hizo mas que en la Virgen y por la Virgen, así la union de los predestinados con Dios no se hizo mas que en la misma Virgen y por la misma Virgen. A mayor abundamiento así como la union de la humanidad con el Verbo se hizo por el consentimiento voluntario de la Virgen y con conocimiento del misterio que se obraba en ella, cuando poniendo su sustancia dijo aquel omnipotente *fiat* que aguardaban todos los siglos; del mismo modo la union de los predestinados con Dios, que era una consecuencia de la union del Verbo con la carne, se hizo con conocimiento de causa y por el libre consentimiento de la misma Virgen, por la contribucion de la misma sustancia, por el mismo *fiat* y por la aplicacion de la misma voluntad á la salvacion de todos los predestinados.

VI. En tercer lugar hay que recordar lo que se declaró en el capítulo VI del tratado anterior: que el glo-

rioso título de medianera, reparadora y redentora le conviene no solamente por habernos dado un medianero, un reparador y un redentor, sino por haber cooperado con él á nuestra redencion y unido su voluntad, sus trabajos y méritos á la voluntad, trabajos y méritos de su amado hijo. De aqui se sigue que así como el Salvador por su pasion y sus méritos fué el principio de la bienaventuranza eterna de los escogidos, así su bienaventurada madre contribuyó por sus dolores y méritos á granjearles aquella bienaventuranza, aunque con grandísima desproporcion; porque los méritos del Salvador tenían una completa igualdad con el galardón que el Padre eterno les concedia, y aun un exceso indecible sobre todo lo que se ofrecia á su consideracion: lo cual no puede decirse de la virgen Maria. Esto no obstante Dios que habia preparado á su hijo una madre tan digna con intento de agraciarla de todas las maneras convenientes á su calidad, no dejaba de recibir la ofrenda que ella hacia de su hijo único, y las satisfacciones que presentaba, en el grado y modo que era conveniente para todos los escogidos; á consecuencia de lo cual es claro que puede libremente ser llamada el principio de la predestinacion de todos ellos.

VII. En cuarto lugar no ha de olvidarse el título de superintendente de los tesoros del Salvador, que tambien se declaró en el tratado anterior; título por el cual puede ser llamada con justísima razon el principio de la felicidad eterna de todos los escogidos, por cuanto todas las gracias y mercedes del cielo que los ayudan á llevar al cabo la obra de su predestinacion, pasan sin exceptuar una por la mano de la tesorera del cielo. De aqui resulta que todos los escogidos generalmente le son deudores de su eleccion, que se hace con las mismas gracias.

VIII. Finalmente pues la predestinacion de los escogidos se llama en la Escritura una generacion celestial,

segun diré con S. Juan al fin del capitulo, era una cosa muy conveniente que para que se efectuase de todo punto, hubiera un padre y una madre, ambos celestiales por su origen y extraccion, que por un modo santo y celestial engendrasen para el cielo los hijos de salud, los criasen y los pertrechasen de todas las cosas necesarias hasta ponerlos en estado y hacerlos gozar de la herencia que su nacimiento espiritual les habia adquirido.

IX. De todos estos modos puede llamarse la Virgen la madre de todos los hijos de salud y el principio de la felicidad eterna de todos los predestinados; y por todos estos titulos, sin hablar ahora de los demás, le convienen los hacimientos de gracias y los actos de reconocimiento que le presentarán ellos mientras esten en posesion de esa dicha. Esto es en cuanto á todos los escogidos en general: ahora hablemos de los que pertenecen á la madre de Dios por titulo de favor especial.

S. III.—Que es de un modo especial el principio de la felicidad eterna de los suyos.

I. No puedo demostrarlo mejor que ateniéndome al órden de la predestinacion y á las cuatro acciones de que la compone S. Pablo, y haciendo ver que la virgen Maria es de un modo particularísimo el principio de la eleccion, de la vocacion, de la justificacion y de la glorificacion de los suyos; por donde aparecerá claramente que es de una manera muy especial el principio de la felicidad eterna de los suyos.

II. Comenzando por la eleccion, ¿qué inconveniente puede haber en decir que así como Dios en la eleccion de los escogidos fué movido por la pasion y los méritos de su amado hijo, así tambien los trabajos previstos y los méritos anticipados de la Virgen como unidos á los de su hijo le sirvieron de motivo, aunque en un grado

muy inferior á aquellos? Y pasando mas adelante, ¿á quién parecerá mal si digo que previendo Dios la benévola inclinacion que ella habia de tener un día hácia algunos, para remunerarla hizo desde luego particularísimamente eleccion de ellos como de una tropa escogida y otras tantas criaturas de la madre de su hijo? Yo así como no intento obligar á nadie á creer esto, tampoco veo ningun inconveniente en que los siervos zelosos de la Virgen se fijen en ese pensamiento, no menos provechoso al que hace el favor, que al que le recibe; porque ¿en quién termina felizmente toda la gloria de los santos sino en aquel de quien la tienen, por quien la poseen, y en testimonio de cuya grandeza quieren gozar de ella? El Padre eterno ¿podia remunerar á su hijo en consideracion de sus méritos con ninguna cosa que le obligase mas que con las mercedes hechas á su queridísima madre por amor de él? ¿Qué premio mas agradable de todos sus afanes, de su pasion y muerte que ver recibir á ella los primeros provechos? ¿No hay motivo de presumir que Dios que preparaba gracias mucho mas relevantes á la Virgen, como son ser madre de Dios, medianera del mundo y reina del universo, no le negaria esta, que es mucho menor que las nombradas? ¿Por qué no he de poder decir yo que la razon pedia que nuestra señora como reina madre y reinante tuviese su corte y séquito aparte de la de su hijo, aunque todos los súbditos de este sean al mismo tiempo los suyos por todo derecho? ¿Y dónde se ha visto jamás formar la servidumbre de una reina sin dejarle la eleccion de sus oficiales ó por lo menos saber que le son agradables? O á mí me lisonjea demasiado mi pensamiento, ó tengo la razon de mi parte, todo para honra de la madre de Dios y felicidad eterna de la tropa escogida, en quien recayó la preciosa eleccion de nuestra reina incomparable. ¡Oh santa compañía! ¡Oh tropa singularmente amada